

en abrir la nueva calle que hasta hace poco llevaba el nombre de Alejandrina. Otros, á las cinco puertas de la Basílica Vaticana, añaden una nueva; pero sólo introducen los marcos y umbrales, porque el muro lo ha de derribar con su propia mano el Pontífice. Las Letras Apostólicas promulgando el Año Santo vuelan por todo el mundo Católico con una rapidez increíble, dadas las comunicaciones imperfectas de aquella época. Las escuchan por todos lados con indecible júbilo, y no hay un rincón de Europa de donde no se apresten á venir centenares y millares de peregrinos.

En efecto, cuando el 22 de Diciembre vuelve á promulgarse el Jubileo al són de las trompetas sagradas, es ya inmensa la multitud, que crece al derribarse por primera vez el muro que aún tapia la puerta, y llega más tarde á tal grado, que en la fiesta de San Pedro son doscientos mil los que reciben la bendición del Pontífice, y se puede con propiedad empezar á decir que el Orbe entero se ha reconcentrado en la Eterna Ciudad, *Orbis in Urbe*.

Como Príncipe temporal y como buen Padre, ha tomado providencias personalmente Alejandro para el hospedaje de tantos peregrinos, para el aumento de víveres que su número requiere, para que se guarde el orden en las Iglesias y en las calles, observándose también ahora ese desfile, á la derecha en una dirección, á la izquierda en la opuesta, que tanto había llamado la atención de Dante en el puente Sant'Angelo durante el Jubileo de 1300.

Si con los preparativos para el Jubileo se ha desviado el Pontífice, una vez empezado, da tales y tan públicas pruebas de piedad y de espíritu de penitencia, que no pueden menos que volver edificados á sus hogares los innumerables peregrinos que han acudido á Roma. Casi no hay día que no se le vea visitando devotamente las Basílicas, ya de San Pedro, ya de San Pablo, ora la de San Juan de Letrán, ora la de Santa María la Mayor. ¡Quién lo hubiera visto subiendo de rodillas la *Escala Santa*! ¡Quién, sujetándose á sí propio á las duras penitencias prescritas para ganar el Jubileo!

Así quiero que os representéis siempre á este Pontífice, digno de la Santa Sede que por inspiración del Espíritu Santo fué llamado á ocupar, y de la gran familia de que era oriundo. Así debéis considerarlo cuantos tomáis á pechos el honor de la Silla Apostólica y el buen nombre español. No veo á muchos en derredor de este púlpito; pero entre los pocos que me escuchan hay algunos que al regresar á los países de lengua española que los vieron nacer, ocuparán cátedras de historia y de ciencias eclesiásticas. Yo les ruego que así sea como retraten ante sus discípulos á Alejandro VI, y no como lo pintan las invectivas de Savonarola, ó las ficciones de Víctor Hugo, ó los escritos de autores que, aunque serios, van á desenterrar en los archivos cuanto tiene apariencias de malo, y arrojan más y más polvo sobre cuanto resalta como bueno y favorable á tan augusta memoria. Considerad que es el último español que haya ocupado el trono de San Pedro.

Sistemado el Jubileo, fijadas sus épocas, reglamentadas sus ceremonias, los siglos XVI y XVII vieron sin interrupción caer cada veinticinco años la Puerta Santa, y acudir á Roma mayor ó menor número de peregrinos, según lo permitían las circunstancias de Europa. El de 1575, en que llamó la atención Gregorio XIII por su insigne piedad y espíritu de penitencia; el de 1650, bajo Inocencio X, y el de 1675, bajo Clemente X, son los que parecen haber dejado más grata memoria.

En el siglo XVIII, el que precisamente en su mitad celebró Benedicto XIV, resultó, como el sabio Pontífice deseaba, *grande y glorioso*; y no menos glorioso es el recuerdo que dejó su augusta Persona. ¡Mas ay! el último año de la centuria estuvo muy lejos de ser *Santo*. La revolución francesa todo lo había trastornado. Pío VI moría en el destierro; Pío VII era creado Pontífice lejos de la profanada Roma: fué necesario aguardar el año vigésimoquinto del siglo XIX, para derribar otra vez la Puerta Santa. La abrió León XII, y el que había de ser su sucesor y heredar su nombre, lo miraba confundido entre la turba, sin soñar siquiera que su mano había de ser la primera que, después de aquel año, empuñara el místico martillo.

Y lo hemos visto empuñarlo vigorosamente después de setenta y cinco años, y manifestarse á la asombrada *Ciudad* y al mundo entero, *Urbi et Orbi*, en la plenitud de su gloria y de su prestigio, cuando menos podía esperarse, cuando las circunstancias parecían más adversas, cuando tantos se figuraban que la puerta cerrada

por León XII, permanecería sin abrirse por lo menos un siglo.

Oh Pío IX, inmortal Pontífice, que viste más días que Pedro mismo, y dos veces pudiste haber abierto y cerrado la Puerta Santa en tu largo reinado, ¿por qué la dejaste tantos años intacta? ¡Ay! Á ti no permitió el Señor que tuvieras la Epifanía que hoy celebramos. Á tí se reservaron por una parte el Calvario que todos sabemos, y por otra, las Transfiguraciones del Concilio Vaticano y de la declaración dogmática de la Concepción Inmaculada de María.

Para León XIII guardó el Señor esta gran manifestación, y á nosotros ha concedido su Providencia la dicha de presenciarse. Ya que participamos de la fortuna de los Magos, en ser conducidos á Belén por la milagrosa estrella, ofrezcamos con ellos riquísimos dones al niño Jesús que hoy renace en su anciano Vicario.

II

Conocidos de todo el mundo son los dones que ofrecieron los Magos al recién nacido Salvador, y proverbial se ha vuelto su místico significado. El más comúnmente admitido, por lo menos el que me place adoptar en estas circunstancias, designa el oro como emblema de la caridad; el incienso, de la oración; la mirra, de la mortificación. He aquí, por tanto, lo que debemos ofrecer, y voy á indicaros la forma en que os conviene practicarle.

Os haría una injuria si aquí, en la misma Roma, os describiera la situación actual del Vicario de Cristo, ú os narrara la historia de sus padecimientos. Demasiado lo veis. Aunque en el primer palacio del Orbe, y teniendo por oratorio la mayor Basílica que hayan conocido los siglos, es el primer pobre del mundo; tan pobre como el Niño del establo de Belén. Para remediar su augusta pobreza, necesita vuestro oro; oro que significa libertad é independencia: su libertad en el gobierno de la Iglesia universal, su independencia de todo poder humano, y muy especialmente de los que quisie-

ran sujetarlo por completo en lo temporal, para destruir, ó menguar por lo menos, su potestad espiritual.

Ved, por tanto, si es grande la caridad que hacéis, depositando vuestro óbolo en las arcas del Padre Santo. Hace ya casi medio siglo que sostiene su dignidad y decoro con las oblaciones de los fieles. Sus enemigos han estado esperando que se acabe la constancia de los buenos católicos, que disminuya, por lo menos, su generosidad, para subrogarse ellos propios á sus fieles hijos, é imponerle onerosas condiciones. Todo en vano. Vedlo ahí, después de tantos años, prisionero; pero libre: mendigo; pero soberano: encerrado; pero independiente. Este milagro lo han obrado la pequeña ofrenda de la viuda, y el óbolo de la pobre sirvienta, juntándose á las ricas oblaciones del acaudalado comerciante y del opulento magnate. ¡No desmayéis á última hora! Ya sea personalmente, ya sea excitando la generosidad de vuestros amigos, ó allegados, ó dependientes, ofreced oro al Representante del Niño de Belén.

Otra forma de caridad os recomiendo en estos momentos. Estáis presenciando las espléndidas fiestas que en esta Iglesia ha empezado á celebrar la Pía Sociedad de las Misiones, fundada, como bien sabéis, por el Venerable Vicente Pallotti. Misas de rito griego, y armenio, y siro, y caldeo; sermones en nuestro idioma, y en francés, y en inglés, y en todos los idiomas modernos; pláticas matutinas y vespertinas en la lengua del país; devociones cotidianas ante el Augustísimo Sacramen-

to, presididas por un Miembro del Senado Cardenalicio, circundado cada vez por sacerdotes y escolares de diversas naciones: de todo estáis gozando, en todo estáis tomando parte, y es justo socorrer á quien con tanto celo y constancia congrega tantas naciones y tantos ritos en derredor de la cuna del Niño Dios.

En este Jubileo, y en muchos de los anteriores, no se ha prescrito la limosna que se ordenó en algunos de los primeros. Lo que sí es indispensable ofrecer, es el incienso de la oración; y no necesito recordaros las prácticas que se os exigen para ganar la indulgencia del Año Santo. Únicamente observaré para vuestro consuelo, que antes eran treinta las visitas que había que hacer á cada Basílica, mientras que ahora se han reducido á veinte; y aun á diez si se trata de peregrinos. No olvidéis tampoco que ahora los medios de locomoción son tan fáciles y cómodos, que las visitas á San Pedro y á San Pablo, que para nuestros mayores eran una verdadera tarea, para nosotros se han convertido en agradable paseo.

No iba, por cierto, tirado por fogosos caballos, ni por la misteriosa electricidad, el divino poeta Dante Alighieri, cuando en el Jubileo de Bonifacio VIII se unía á las piadosas procesiones que caminaban penitentemente de Basílica en Basílica. No iban así Francisco Petrarca en el segundo Año Santo, ni Torcuato Tasso en el de 1575, que le inspiró los inolvidables versos que nos deleitan en su inmortal poema. ¡Oh! Dejadme que os señale, en esta misma época, á pie y

confundido entre la turba muchas veces, á Carlos Borromeo, santo entre los santos y grande entre los grandes, Pastor celoso, y defensor de su Iglesia, lo mismo ante los poderosos que ante los débiles insolentes, lo mismo ante los impíos que ante los santos mal aconsejados. Mirad no lejos á Felipe Neri, el dulce Apóstol de Roma, el que, según el dicho vulgar, sabía conducir al cielo en carruaje, pero que ahora va á pie seguido de la muchedumbre á quien fascina su santidad tan atractiva. Mirad á Félix de Cantalicio, el sencillo lego Capuchino que más tarde será venerado en los altares, y que ya llama la atención de los peregrinos por el corazón de Santo que late bajo el tosco sayal. No es mi intento enumerar uno á uno los insignes personajes que han asistido á cada Jubileo: podéis leer sus nombres en las historias antiguas y en los libros contemporáneos que tratan del asunto. Mi deber se reduce á excitaros á ofrecer como ellos el incienso puro de vuestras fervientes oraciones.

Réstanos la mirra de la mortificación. Ningún ayuno, ninguna penitencia especial ha impuesto el Pontífice. Tampoco veréis aquellas procesiones de disciplinantes, aquellos penitentes con la soga al cuello, la cruz á cuestras, los pies desnudos, que en otros tiempos recorrían las calles y las plazas. Hoy exteriormente Roma presenta su aspecto ordinario, y teatros y tabernas están abiertos y convidando al peregrino que va á las Basílicas, á distraerse de sus devociones, y á amalgamar la penitencia con el pecado. Doble será vuestra

mortificación y doble vuestro mérito al cantar las alabanzas del Señor en medio de las orgías de Satanás; doble será el sacrificio resistiendo á las tentaciones y saltando sobre todos los tropiezos.

Ni será menor la mortificación al ver que no podréis manifestar públicamente en las calles vuestra compunción y arrepentimiento. Así lo insinúa Nuestro Santísimo Padre León XIII en sus Letras Apostólicas, recordando las solemnes manifestaciones que él mismo presenció en el Año Santo de 1825, y comparando la Roma de entonces con la Roma de hoy día. No ha dejado la impiedad de atacar con osadía estas palabras, y en tono de burla ha respondido al augusto Pontífice que, aunque se diera plena libertad á la Iglesia, el progreso del siglo haría que nadie soñara en cerrar teatros y en organizar procesiones de flagelantes.

¿Qué contestáis á estos sarcasmos? Yo por mí os sé decir, fundado en mi experiencia personal, que dondequiera que se deja libre á la Iglesia, se repiten espontáneamente estas manifestaciones de la antigua piedad, hasta en sus más insignificantes pormenores.

Réstame sólo exhortaros á que, una vez ofrecidos vuestros dones, tornéis, como los Magos, á vuestras patrias españolas, *per aliam viam*, siguiendo un camino que no sea el del vicio, ni aun el de la ligereza, sino marchando con paso firme por los senderos del Señor. Decid allí á vuestros compatriotas cuanto habéis visto y oído. Enseñadles dónde está ese Soberano que ha renacido, que vinisteis á buscar y que encontrasteis

en el Vaticano. Excitadlos á seguir vuestro ejemplo y á venir á ofrecerle, como vosotros, oro, incienso y mirra, en esta larga Epifanía del Año Santo.

Y precisamente porque nos encontramos en el año que termina el siglo, y en esta Alma Ciudad, que purificando sus muros y sus edificios, convirtió el templo de Minerva en Santuario de la Madre de Dios, y la estatua de Júpiter Tonante en efigie del Príncipe de los Apóstoles, ¿tomaréis á mal que ponga fin á mi discurso con la oración, cristianizada, que compuso Horacio para los juegos seculares Romanos?

¡Dios trino y uno! que has mirado siempre con especial predilección la Ciudad de las siete colinas, *septem placuere colles*, no permitas que el Sol alumbre otra ciudad más grande que Roma: *nihil Urbe Roma visere maius*. No permitas que se degrade hasta el extremo de igualarse con las Capitales de las que fueron un día provincias del Imperio Romano: consérvale su carácter de Capital del Mundo. Aparta de todo mal á la juventud que en esta Dominante bebe las letras y las ciencias sagradas en sus más puros manantiales, *da probos mores docili iuventæ*. Á la multitud de ancianos y piadosos peregrinos que ha venido á orar sobre las tumbas de los Apóstoles, dignate otorgar el reposo, la paz y los consuelos que busca en este sagrado recinto; *da senectuti placidæ quietem*. Al augusto Senado que gobierna desde este gran Centro del Mundo la Iglesia universal, da prosperidad y decoro, y medios para desempeñar sus altas funciones, y varones doctos que lo ayuden en

sus trabajos, y se formen en tan sublime escuela para ser sus dignos sucesores: *Romule genti date remque prolemque et decus omne*. Sostén, oh Cristo, á tu anciano Vicario, prolonga su vida un lustro y otros muchos, y haz que días mejores luzcan para Él y para la Iglesia: *in lustrum meliusque semper proroget ævum*. Así sea.



DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO, DE MÉXICO, EN LA SOLEMNE

FUNCIÓN QUE Á NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA

DEDICÓ LA COLONIA ESPAÑOLA, EL 8

DE SEPTIEMBRE DE 1900.